

bien : oye lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel : Si saliendo fueres á los príncipes del rey de Babilonia, vivirá tu alma, y no será abrasada esta ciudad, y serás salvo tú y tu casa ; mas si no salieres á los príncipes del rey de Babilonia, será entregada esta ciudad en manos de los Caldeos y la abrasarán, y tú no escaparás de sus manos. Temo á los Judíos que se han pasado á los Caldeos, dijo Sedecías, no sea que los príncipes de los Caldeos me entreguen en sus manos y se burlen de mí. No te entregarán, dijo Jeremías. Oye, te suplico, la voz del Señor y te irá bien, y vivirá tu alma ; mas si no quisieres salir, esta es la palabra que me ha mostrado el Señor. Todas las mujeres que han quedado en la casa del rey de Judá serán llevadas á los príncipes del rey de Babilonia, y estas serán las que te insultarán. Todas tus mujeres y tus hijos serán llevados á los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que serás preso, y abrasarán esta ciudad. Nadie sepa, dijo el rey á Jeremías, lo que acabas de decir, y entonces no morirás. Con esto Sedecías se quedó en la misma irresolucion, y el profeta volvió á la misma prision de donde habia venido. Desde este día hasta el de la última catástrofe de Jerusalem, que se estaba tocando ya con la mano, permaneció Jeremías en su prision del atrio, sin que sus enemigos volviesen á perseguirle, ni el rey pensase mas en consultarle, ni para esto tuvo ya mucho tiempo. Acababa de despreciar el último remedio que Dios le tenia reservado, y la soberbia y obstinada Jerusalem en cumplimiento de las antiguas y nuevas profecías iba á caer en manos de sus enemigos.

Horrores que causaban el hambre y la peste.

El hambre á este tiempo era ya tal, que es mas fácil imaginar que referir los horrores que causaba. Despues de haber comido cuantos insectos hallaban, por mas

asquerosos que fuesen, se comian los cadáveres de aquellos mismos que caian en las calles muertos por el hambre, ó de los muros por el hierro de sus enemigos. Los padres devoraban los cadáveres de sus mujeres y sus hijos, y los hijos y mujeres los de sus padres y maridos. La violencia del hambre sofocaba los sentimientos mas íntimos de la naturaleza. En esta ocasion se vieron renovados continuamente los horrores que una sola vez se habian visto en Samaria. Daban las madres á luz sus hijos, y luego les quitaban la vida que acababan de darles para sustentarse con sus tiernas carnes. En estos dias de espanto se vió aquel lamentable espectáculo de que Jeremías fué testigo y en parte víctima, y que describe en sus *Lamentaciones* con términos tan lastimosos. La lengua del que mamaba, dice, se pegó de sed al paladar. Los pequeñitos pidieron pan y no habia quien se lo diese. Los que (antes) comian regaladamente murieron (de hambre) en las calles. Los que se habian criado vestidos de púrpura, se cubrieron con andrajos. Sus semblantes, mas negros que el carbon, no eran conocidos en las plazas (donde hay tanta claridad), y su piel en su flacura quedó pegada á sus huesos, semejante á la corteza de un palo seco. Mejor (ó menos mal) les fué á los muertos con espada que á los muertos por el hambre, porque estos (padecieron tanto que) quedaron en la espina. Las manos de las mujeres, hasta de las compasivas, cocieron sus hijos y las sirvieron de comida... Á un hambre tan cruel acompañaba la peste, como estaba ya anunciado por Ezequiel, y sus estragos aun eran mas terribles que los del hambre y la espada. Su hedor pestilencial y mortífero ocupaba la ciudad como una espesa niebla y consumia vidas sin cuento. Así se cumplia aquella profecía terrible. Así acababan el hambre, la peste y la espada con la vida de los habitantes de Jerusalem, y se preparaba la total ruina de esta famosa ciudad y su hermoso templo.

Abren los Caldeos el primer muro, y huyen Sedecías y su corte.

El año once del reinado de Sedecías, el mes cuarto y dia quinto fué vencido y abierto el primer muro, entraron los generales y tropas del rey de Babilonia, y se apoderaron de la puerta llamada *Media* del segundo recinto. Luego que vió Sedecías que los enemigos habian salvado el primer recinto y batian el segundo, huyó de noche con sus hijos, la familia real, la corte y sus guardias por la puerta del Ángulo; esto es, segun la profecía de Ezequiel, por una rotura entre los dos muros, que les sirvió de puerta. Aquellos amigos perversos, cuyos funestos consejos adoptó Sedecías desde el principio de su reinado y siguió hasta su fin, le sugirieron esta huida, prometiéndole morir en su defensa. Le sacaron de noche por la rotura, cubierto con un velo (ó para que no viese los peligros de muerte que le rodeaban, caminando entre los ejércitos enemigos, ó para que en un encuentro pudiese huir sin ser conocido), le cargaron sobre las espaldas de sus domésticos, porque ni la rotura, ni el silencio permitian carruajes ni caballos, le llevaron por el camino de la huerta del rey y huyeron al desierto. Por el mismo camino y poco despues huyó la guarnicion; y la ciudad quedó en manos de sus enemigos.

Entrada del ejército en Jerusalem.

El dia nueve del dicho mes y año entraron en Jerusalem los ejércitos de Nabucodonosor con la ferocidad en el corazon, y el hierro en la mano. Desde luego se dirigieron al alcázar de Sion y al templo, fortalezas que podian cada una resistir mucho tiempo, pero no habia ya soldados. El rey, la corte, las guarniciones... todos habian huido. Mas como la persona del rey era lo primero

que buscaban, inmediatamente enviaron por todas partes gruesos cuerpos de tropas en su alcance, y entretanto que estas perseguian al rey; el resto del ejército se derramó por toda la ciudad, cuyas casas sin excepcion estaban condenadas al saqueo y sus habitantes á la muerte. Desde muy temprano de aquel dia de espanto se extendió el destrozo y el degüello por toda la ciudad, y solo con la pluma de un profeta se podrian pintar los horrores de este dia y los siguientes. El saqueo fué entero y la mortandad general. Las casas, las calles, las plazas, el templo, la ciudad, todo rebosaba de sangre. Los sacerdotes, los ancianos, los jóvenes, los tiernos infantes, los niños, todo parecia á tajo de espada. Las mujeres y las vírgenes no recibian el golpe mortal, sino despues de humilladas por la brutalidad del soldado. El Señor habia sido ultrajado sin medida, y el ejército de Nabucodonosor le vengó tambien sin medida. La espada del Señor habia sido desenvainada, y no volveria á la vaina sino despues de haber derramado torrentes de sangre. La horrorosa escena de Jerusalem fué ejecutada en el modo y términos que habia sido pronosticada por los profetas, particularmente por Jeremías y Ezequiel, y á estas profecías, que ya quedan referidas, remitimos á los lectores. Jerusalem desde este dia ya no era sino un agregado de casas y palacios sin habitantes, menos parecido á una famosa ciudad que á un horroroso sepulcro cubierto de miles de cadáveres amontonados unos sobre otros. No se habia cesado de degollar hasta que no se hallaron víctimas, y solo quedaron ocultas aquellas que el ángel del Señor habia señalado con el *Thau* y cubierto el Señor con la sombra de sus alas, y algunas otras cuya vida permitió para ejercer en ellas mas pública y ruidosamente su justicia.

Prision y muerte de Sedecías, su familia y su corte.

Mientras que esto sucedía en Jerusalem, el rey y la familia real, y los siervos fieles de su corte, fueron alcanzados en las llanuras de Jericó por donde huían, y apasionados sin resistencia, porque los oficiales, los guardas y todos aquellos señores y consejeros que habían jurado al rey una inviolable fidelidad, huyeron por todas partes al acercarse el peligro, y todos le abandonaron. El rey, sus hijos y sus siervos fueron llevados á Reblata, donde se había retirado Nabucodonosor en los últimos meses del sitio. Allí vieron los ojos de Sedecías los ojos del rey de Babilonia, como lo había dicho no mucho tiempo antes Jeremías. Nabucodonosor, monarca poderoso, agraviado, victorioso... hizo á Sedecías cargos que para un rey eran mas fuertes que la muerte: le echó en cara su ingratitud, su perjurio, su falsedad, sus dobleces y su porte indigno, y luego pronunció una sentencia terrible que hizo ejecutar allí mismo. En su cumplimiento mataron todos los hijos de Sedecías delante de sus ojos, y también mataron todos los príncipes y todos los nobles de Judá. Arrancaron despues los ojos de Sedecías, le apasionaron con grillos y esposas, le ataron con cadenas, le llevaron á Babilonia y le metieron en un calabozo, donde murió.

Compendio del carácter de Sedecías.

Así acabó su reinado Sedecías, último de los reyes de Judá antes de la cautividad, príncipe débil, corrompido por contagio, libertino por costumbre, idólatra por herencia y malvado por imitación. Incapaz de recibir los buenos consejos, dispuesto á recibir los malos, indócil á la voz de Dios y dócil á la de sus perversos consejeros. Incrédulo á los avisos de los profetas del Señor, y fanático, supersticioso é infatuado con las predicciones lison-

reras de sus falsos profetas, de las que no se desengañó hasta que se vió preso y llevado en cadenas á Babilonia, donde entró vivo pero sin ojos en cumplimiento de la profecía de Ezequiel, que había dicho que entraría en Babilonia, pero que no la vería, y que en ella moriría. ¡Feliz si despues de una vida criminal sobre el trono, concluyó con una vida penitente en las cadenas!

Orden de Nabucodonosor para quemar el templo y la ciudad y demoler sus muros.

Despues de la muerte de la familia real, y de los príncipes y nobles del reino, hizo morir Nabucodonosor á todos los grandes que pudieron ser aprehendidos. Faltaaba determinar sobre el destino de Jerusalem, que había quedado sin habitantes, y del templo que tampoco tenía ya quien fuese á adorar en él. Nabucodonosor, como si no hubiera tenido otro objeto que dar cumplimiento á todas las profecías y amenazas hechas por los profetas contra Jerusalem y su templo, dió una orden que todas las cumpliera. Algun tiempo despues de la mortandad y exterminio de los habitantes de esta ciudad criminal, envió Nabucodonosor á ella á Nabuzardan, general de sus tropas, con orden de recoger todas las riquezas que se hallasen en el palacio del rey, y todos los vasos de oro, plata y metal, mayores y menores y todas las alhajas del templo (porque en el saqueo general de la ciudad se habían exceptuado el palacio y el templo), para trasladarlo todo á Babilonia, y que despues encendiese el templo, el palacio y la ciudad, y demoliere sus muros.

Día en que se cumple la orden.

El día siete del mes quinto y año diez y nueve del reinado de Nabucodonosor, salió Nabuzardan de Reblata,

donde estaba el rey, y llegó á Jerusalem el dia diez. Recogió cuanto habia precioso y de valor en la casa del rey, y todos los vasos de la casa del Señor, y quemó el templo del Señor, el palacio del rey, los palacios y grandes casas que habia en Jerusalem y todas las demás casas; todo lo entregó á las llamas, y todo fué convertido en ceniza. Derribó despues todos sus muros, demolió todas sus torres y fortalezas y todo quedó reducido á un monte de escombros. El fuego y el ejército acabaron con Jerusalem y su templo en cumplimiento de las órdenes de Nabucodonosor, rey de Babilonia, ó mas bien de las órdenes del Señor, anunciadas por sus profetas.

Dos clases de Judíos que se encuentran aquel dia y sus destinos.

En el degüello general que se siguió á la entrada de los Caldeos en Jerusalem, perdonó el cuchillo un número de Judíos fieles, protegidos del Señor, que á pesar de su deseo de cumplir con las disposiciones del Cielo, pasando á refugiarse en el campo de los Caldeos, no habian encontrado medio ni modo de verificarlo. Estos fueron enviados por Nabucodonosor á Ramata, donde se hallaban los demás que se habian pasado á los Caldeos en el tiempo del cerco para ser llevados todos á Babilonia. Quedó en Jerusalem otro número de Judíos infieles que se habian librado de la muerte en sótanos, cuevas y otros lugares ocultos, particularmente en el palacio y el templo, y que resistiendo á la voluntad del Señor, se habian obstinado en no entregarse á los Caldeos. Mas cuando principió el fuego á extenderse por todas partes, les fué preciso salir de sus escondrijos, y todos cayeron en manos de las tropas de Nabucodonosor. Eran setenta y uno, y entre ellos se hallaban once de los mas principales del reino. Nabuzardan envió todos estos á Reblata, donde continuaba Nabucodonosor, quien

mandó que los matasen. Luego que fué tomada y exterminada Jerusalem, las tropas victoriosas recorrieron todo el reino, incendiaron, mataron y cautivaron, y redujeron á servidumbre á los que no consumió el hierro ó el incendio. En la desolacion á que quedaba reducido el reino, y principalmente Jerusalem y el templo del Señor, que era su fortaleza, su corona y su gloria, y no viéndose ya en Judá sino destrozos que la ira del Señor, mas bien que el ejército de Nabucodonosor, habia hecho por todas partes y charcos de la sangre que habia derramado, trató Nabucodonosor de volverse á su capital de Babilonia; pero antes arregló lo que tuvo por conveniente á un pais que iba á quedar desierto, si trasportaba todos sus habitantes al cautiverio.

Deja Nabuco la gente pobre y del campo en el reino, nombra un gobernador y se vuelve á Babilonia.

Era la Judea sin disputa el pais mas abundante de granos, vinos y pastos en todo el oriente, y Nabucodonosor quiso aprovecharse de esta fertilidad en beneficio de sus Estados. Nabuzardan, general de las tropas, fué el encargado de este arreglo y le ejecutó conforme á los deseos de su amo. Dejó en el reino labradores, viñadores, pastores y gente pobre del campo para que le cultivasen, se mantuviesen con parte de sus frutos y diesen parte al Estado. Nabucodonosor, complacido con el arreglo que habia hecho su general, nombró para cuidar de estas gentes y gobernar la Judea á Godolías, natural de Jerusalem y uno de los que se habian pasado en el tiempo del cerco, animado por las exhortaciones de Jeremías, al campo de los Caldeos; era de las principales familias del reino, hombre prudente, pacífico, moderado y muy á propósito para el sencillo empleo que se le encargaba. Nabucodonosor le dejó las tropas que le parecieron suficientes para hacer que se le obediese y man-

tener la tranquilidad del país, y se volvió triunfante á Babilonia.

Nabuzardan pone en libertad á Jeremías.

Luego que se ausentó el monarca, Nabuzardan, que había quedado con una buena parte del ejército para llevar á Babilonia los cautivos y las riquezas halladas en el palacio del rey de Judá, y los vasos del templo del Señor al palacio de Nabuco, pasó de Reblata á Ramata, donde estaban aquellos reunidos. No esperaba Nabuzardan encontrar á Jeremías entre los cautivos y menos cargado de prisiones. Sabía el aprecio que debía á Nabucodonosor por las noticias que le habían dado los fugitivos de lo mucho que trabajó siempre por mantener en paz y en obediencia al rey y al pueblo, y se le representó con sentimiento el encargo que le había hecho Nabucodonosor acerca de Jeremías cuando le envió á quemar y destruir á Jerusalem. Tómale (á tu cuidado), le había dicho, pon sobre él tus ojos, y en vez de hacerle algun mal, haz con él como él quisiere. Nabuzardan se apresuró á enmendar este descuido y procuró hacerlo con el mayor honor. Fué al atrio de la cárcel acompañado de los oficiales y de todos los grandes, mandó quitarle las prisiones y le llevaron como en triunfo á Godolías para que entrase en su casa y habitase entre su pueblo. Entonces tomó aparte Nabuzardan á Jeremías, y le dijo: El Señor tu Dios pronunció este mal sobre este lugar (el reino de Judá); como lo dijo, lo ha hecho, porque pecó Judá contra el Señor y no quiso oír su voz. Ahora ya te he librado de las cadenas; si te agrada venir conmigo á Babilonia, vente, que yo cuidaré de ti; pero si no te agrada, quédate. Á tu vista está toda la tierra, lo que escogieres y adonde te agradare, véte allá, y no vengas conmigo. Vive con Godolías, á quien el rey de Babilonia ha puesto por gobernador de Judá. Habita con él en medio de tu pueblo,

ó véte á cualquiera otra parte que quisieres. No se admiró Jeremías de encontrar en un general y sus oficiales, todos idólatras, atenciones que nunca halló en Sedecías y su corte, porque sabía que los siervos del Señor tienen mas que sufrir de los que abandonan á Dios despues de haberle conocido, que de los que nunca le conocieron, y que los mayores enemigos de los buenos son los apóstatas. Nabuzardan mandó dar á Jeremías comestibles en abundancia; le hizo regalos para darle pruebas de su estimacion y le despidió. Se cree que Jeremías aprovechó esta buena ocasion para pedir la libertad de su amado secretario y discípulo Baruc, que se hallaba entre los cautivos de Ramata para caminar con ellos á Babilonia, porque despues le vemos al lado de su querido maestro.

Se despide Jeremías de los que van á salir cautivos á Babilonia.

Jeremías pasó á despedirse de sus hermanos, con quienes había estado cargado de prisiones, y que se hallaban en visperas de salir para la esclavitud. Les manifestó toda la ternura de un padre. Les exhortó á que guardasen las ordenaciones del Señor. Les dió el libro de la ley para que les sirviese de maestro y de consuelo, y últimamente les entregó una carta en la que hacia la pintura mas circunstanciada y cumplida que se halla en los Libros santos de lo que son los ídolos ó dioses falsos. Vais á Babilonia, les decia. Allí estaréis muchos tiempos y veréis dioses de oro, de plata, de piedra y de madera, llevados sobre los hombros de los idólatras. Cuando viéreis detrás y delante de ellos la turba que los adora, decid en vuestro corazon: *Solo vos, Señor, debeis ser adorado*. Estas divinas palabras eran el compendio de su carta, y con ella dió el último á Dios á sus queridos hijos y se dirigió de Ramata á Jerusalem á concluir un importante negocio que había tenido principio en el cerco de la ciudad.

Oculto el arca de la alianza, el propiciatorio y el altar del incienso.

Como sabía el profeta que tanto Jerusalem como el templo iban á ser abrasados y reducidos á escombros, hizo avisar á sacerdotes temerosos de Dios que viniesen á verse con él en el atrio de la cárcel, donde se encontraba preso, y les mandó en nombre del Señor : que entrasen en lo interior del templo sin recelo de traspasar la ley en estas circunstancias, y tomasen el arca de la alianza con sus testimonios, el tabernáculo ó propiciatorio con los querubines, el fuego sagrado que ardia siempre en el templo, y el altar del incienso y los perfumes, y lo escondiesen todo en un pozo profundo y seco que habia en un valle de Jerusalem que les señaló; pero que nadie supiese dónde quedaba guardado. Todo lo hicieron los sacerdotes segun se lo habia ordenado el profeta, y así se libraron del fuego, que consumió el templo, estos preciosísimos monumentos de los portentos y glorias del Señor. Cuando Jeremías llegó á Jerusalem, se halló sin sacerdotes, porque todos quedaban presos en Ramata para caminar á la cautividad, y le fué preciso tomar hombres temerosos de Dios, de los que habian quedado en el pais para el cultivo de sus tierras. Fué con ellos al pozo donde habian ocultado los sacerdotes el sagrado depósito. Dejó allí el fuego sagrado, y cargando sobre los hombros de aquellos hombres virtuosos el arca santa, el tabernáculo y el altar, hizo que le siguiesen. Pasaron el Jordán, acaso con igual portento que los Israelitas cuando, llevando el arca santa, iban á entrar en la tierra de promision, subieron el monte Nebó desde donde Moisés vió la heredad del Señor y donde murió y fué enterrado, y cuando se hallaron en el lugar donde tenia orden el profeta de ocultar estos monumentos sagrados, mandó á los que los llevaban que, dejándolos á su disposicion, se retirasen y le esperasen distantes de aquel sitio. Habia en él una cueva y Jere-

mías puso en ella el tabernáculo, el arca y el altar, y cerró la entrada. Algunos de los que le habian seguido, se acercaron para notar el sitio; pero sucedió lo que con el sepulcro de Moisés, que no pudieron hallarle. Cuando supo esto Jeremías, les reprendió y dijo : Será desconocido este lugar hasta que congregate Dios la congregacion del pueblo y se haga propicio.

Esto lo entienden unos del tiempo en que volvieron de Babilonia los Judíos con Esdras al frente; pero como desde este tiempo de Jeremías nunca se vuelve á hablar de estos monumentos sagrados, lo entienden otros de la conversion de los Judíos al fin del mundo, y creen que entonces será conocida la cueva y sacado este precioso depósito. Mas dejando al Dueño soberano de los tiempos la manifestacion de aquel que tiene señalado para descubrirlos, volvamos á Jeremías.

Affliccion de Jeremias.

Mientras que este cumplia el encargo del Señor encerrando en una cueva los testimonios de sus portentos, salió casi todo Judá delante de las tropas de Nabucodonosor al cautiverio de Babilonia, y cuando el profeta volvió á Jerusalem, se halló penetrado de tantos y tan acerbos sentimientos que hubieron de acabar con su vida y le obligaron á prorumpir no ya en ayes y lamentos, sino en gritos y alaridos. Dejaba la prenda de todo su consuelo, el arca de la alianza del Señor con su pueblo, sepultada en una soledad para no volverla ya á ver. Contemplaba caminando á un cautiverio los robustos de Judá y sus esclarecidos, y veía quedar en soledad el reino de David. Miraba por entre dos fuentes de lágrimas, que corrian de sus ojos, aquella Jerusalem ocupada con tanta gloria por sus padres, aquella ciudad de hermosura incomparable, aquella señora de las naciones reducida á escombros ennegrecidos por el humo del fuego que la habia devo-